

A AMBOS LADOS DEL RÍO

María Jesús Magaña Ondartza

Si pasa rápida la vida para todos, así mismo nuestro pueblo se transforma y cambia de aspecto también con el tiempo. No hay más que ver cuando uno se ausenta por una temporada, aparece una obra nueva, los tiempos lo demandan, nuevos barrios, nuevas estructuras, nuevos servicios. Renovarse o morir dicen, es cierto aunque esto nos suponga incomodidades, quejas, siempre se protesta por todo, aunque luego se acoja con gratitud la mejora realizada.

Dejando la intolerancia aparte ¡quién no comparte la alegría de vivir entre paisanos charlando durante los paseos! Se puede cambiar de dirección o alternativa hacia el norte o al sur, parece que antes todo el mundo tiraba por Gabierrota, hasta Mamut que es un bonito paseo desde Santa Clara, Fandería, Larzábal. Me gusta el recorrido, siempre rodeando el río, siempre distinto según las estaciones, flores, árboles, animales, haciendo breves paradas, saludando a conocidos, a los ancianos en la Residencia, ver los patos, su prole, sus andanzas en el río, observando las casas nuevas que van surgiendo, ahora en Larzábal, antaño campo de fútbol, la verdad es que cada día todo cambia. De vuelta te detienes a ver exposiciones de pintura en la cafetería Zubía, cambiando de estilo cada vez, y si el tiempo acompaña cada paseo resulta una excursión, sobre todo para los que vivimos en las alturas, léase Galtzaraborda o Beraun.

En Oarso del año 1999 hice alusión al río, pero ahora me refiero al otro extremo de él, ahora podemos optar por otra ruta. Allá por el año 1612 arribaron los primeros frailes capuchinos a nuestra Villa para construir un convento, en las afueras del casco urbano, conviniendo entre la Orden y las autoridades, con ayuda de éstas en 1.600 ducados y 200 robles así como con la prestación de vecinos, etc.

Éste se edificaría en el cabo Matxingo junto a la desembocadura del río, ocupando el solar y terrenos de huerta, en lo que hoy aún llamamos túnel de Capuchinos, en cuyo subsuelo se hallaban los terrenos que les pertenecía y el espacio a derecha e izquierda hasta todo lo que baña la pleamar en el perímetro de su península. Luego, muchos años después, hacia el 1863, emplazaron los raíles del ferrocarril, que hoy día existen.

Siguiendo con los avatares de dicho convento, podemos decir que estos frailes tenían una buena reputación en la comarca. Sin embargo hacia el año 1809 se suprimió el convento. En el año 1814 se abrió al culto de nuevo y los religiosos se dedicaron a sus labores espirituales.

Nuevamente otra orden de 1835 decide que se han de cerrar los conventos situados en despoblado, como en otras Villas de los alrededores, se hizo inventario de todos los bienes, quedando a disposición de la comunidad.

Las tropas liberales ocuparon el convento y en el año 1837 los carlistas lo incendiaron. Al año siguiente subastaron lo que quedó de aquella comunidad con sus terrenos. Hacia el año 1853 dando un buen salto en el tiempo estos terrenos los adquiere la Real Compañía Asturiana de Minas para instalarse en este punto estratégico, entre el puerto y el ferrocarril. Fueron años de industria floreciente en nuestra Villa. Se instaló una planta de fundición con mineral procedente de varias explotaciones mineras de Guipúzcoa, plomo, zinc, blendas y calaminas.

Con la decadencia industrial nuestra Villa sufre grave quebranto desapareciendo fábricas de toda la vida (la nuestra) que conocimos. Ahora hay otra industria en otros polígonos no diría menor, pero más variada, con tecnologías más avanzadas. Pero cambio de prisma y después de un repaso a mi memoria vuelvo ahora mismo a este lugar que seguimos llamando Capuchinos y que tiene para nosotros tantos recuerdos. No conocimos el convento que existió allí, pero sí la fábrica y a muchos obreros que trabajaron en ella. Cuando éramos

niños, no pasábamos del matadero, pues las ferias y mercadillos hasta muchos años después no ocuparon ese sitio.

Aquí quería yo llegar. Cuando uno se hace mayor y se jubila parece que tiene más tiempo para el ocio, pero creo que es al revés. Ahora me falta tiempo para hacer las cosas que quiero, no me llegan las horas del día y acabo, mejor dicho no concluyo lo que me propongo hacer cada día y es que pasan los días, las semanas, como una ráfaga de aire.

Con estas nuevas mejoras, hemos salido ganando los que optamos por frecuentar estos paseos y ahora tenemos un bonito recorrido hasta el final del puente, para volver por la pasarela al otro lado del río. Con la desaparición de esos horribles depósitos de Campsa, la estética y la visión del lugar cambian y se aleja el temor de los vecinos hacia esos peligros que entraña un emplazamiento de esas características en suelo urbano.

Atrás queda en el recuerdo la "galletera", la "alcoholera", las "mantas", "lino", etc. En la actualidad podemos disfrutar de dos bonitos paseos bordeando el río y ahora lo que hace falta es tener salud y ¡vivir!

